

LIBROS

"Con la muerte en el alma"

Se ha dicho de este libro de Azaña (1) que es el texto memorial más importante de la Historia española moderna. Puede. En cualquier caso, a pesar de su título, no constituye en rigor un libro de Memorias, sino un diario; es decir, una relación histórica llevada a cabo día a día o por días. La distinción no es baladí, aunque pudiera parecerlo. Pues si en el primer caso el texto se teje con el pasado, en el segundo, por el contrario, lo que se fija es el presente, aun cuando a su hilo el autor buce en lo pretérito. Las Memorias reconstruyen, mientras que el diario transcribe. Ahora bien, el riesgo de ideologizar los hechos es siempre mayor cuando se evocan que cuando se copian. Cuando el acontecer se fija sobre la marcha, el peso de su propia inmediatez frena seguramente su elaboración ideológica. De ahí, pues, la importancia de este texto como fuente histórica de primera mano. Como documento fundamental para el conocimiento de unos procesos y sucesos de los que lo menos que puede decirse es que han marcado el destino de España para todo lo que queda de siglo.

Las "Memorias" se extienden del 2 de julio de 1931 al 31 de mayo de 1933, materia del primer volumen, y del 19 de febrero de 1936 al 19 de enero de 1939, período reseñado en el segundo tomo, que concluye con una "carta a Angel Ossorio", de 28 de junio del mismo año. El llamado —y bien llamado— "bienio negro" no aparece, por tanto, en el libro. Es justamente el período en que Azaña, ex ministro de la Guerra y ex jefe del Gobierno, pasa a convertirse, para la derecha en el poder, en el hombre a abatir. El momento en que las propias derechas, en su fanatismo antiazañista, van a acabar propiciando el Frente Popular. Durante todo el tiempo

(1) Manuel Azaña: Memorias políticas y de guerra. Editorial Grijalbo.

que el libro registra, Azaña es, pues, poder, aunque durante la guerra, en la Presidencia de la República, ese poder fuera más nominal que real.

¿En qué medida esto le condicionó? Cabe preguntarse, en cualquier caso, si el despegado talante que campea en muchas de estas páginas, el frío distanciamiento —velado desprecio, a veces— en que aparecen envueltos numerosos juicios y comentarios, no traduce en algún modo el talante mismo, despegado y

—desbaratando— los proyectos para cambiarla. Es curioso: se diría que allá en el fondo de este ardiente irreligioso dormita, sublimada en su pasión civil, una cierta nostalgia de raíz cristiana. Sin duda, una visión pesimista de los hombres y el mundo, encajado, de forma sólo aparentemente contradictoria, en su radical ideología de librepensador. No hay aquí tampoco trampa ni cartón. Inútil, pues, pedir peras revolucionarias al olmo liberal. Inútil reprocharle, desde otras



Manuel Azaña.

frío, del poder. Lo cierto es que, de acuerdo con la curva de su importancia y peso político, que alcanza su cenit en el otoño de 1932, la compleja personalidad de Azaña aparece reflejada entre dos extremos que van del voluntarismo racionalista al amargo patetismo. Y, en medio, siempre, lucidez. La desolada lucidez del que cree que la razón es capaz de transformar a los hombres, pero que no cree en los hombres. Que actúa para transformar la realidad, convencido, sin embargo, de que, al final, es esa realidad, su peso muerto, lo que acabará transformando

atalayas, incoherencia o contradicción. Queda claro en este relato, por el contrario, la absoluta coherencia ideológica y política que su autor mostró. Más aún: los opuestos registros de su personalidad, en la que se mezclan elitismo y populismo, pragmatismo y voluntarismo, universalismo e individualismo, progresismo y conservatismo, espiritualismo y laicismo, no hacen más que reflejar, en realidad, las características de la ideología a que siempre sirvió. En alguna medida, también, las de la República que encarnó. Una República que no pudo, porque no le de-

jaron, hacer de la sociedad española una sociedad más libre, más culta, más justa, más racional y más igualitaria que la que la monarquía alfonsina le dejó. Esperanza, como es sabido, que la restauración franquista liquidaría por toda una era. Y fue, quizá, Azaña quien con mayor lucidez sopesó los factores objetivos, económicos y diplomáticos, que hacían inevitable el triunfo de Franco.

¿Hasta qué punto, si sólo algunas cosas se hubieran producido de distinta manera, todo habría podido ser diferente?

De ahí la emoción que, al cerrar el libro, prende en el lector. Porque más allá de la peripecia política y guerrera, lo que este relato, tan finamente escrito, muestra es, justamente, el nacimiento y desaparición de esa esperanza. Por eso, al final, consumada su extinción, ya con la muerte en el alma, Azaña escribe: "Veo en los sucesos de España un insulto, una rebelión contra la inteligencia, un tal desata de lo zoológico y del primitivismo incivil, que las bases de mi racionalidad se estremecen. En este conflicto, mi juicio me llevaría a la repulsa, a volverme de espaldas a todo cuanto la razón condena. No puedo hacerlo. Mi duelo de español se sobrepone a todo. Esta servidumbre voluntaria me ha de acompañar siempre y nunca podré ser un desarraigado. Siento como propias todas las cosas españolas, y aun las más detestables hay que conllevarlas como una enfermedad penosa. Pero eso no impide conocer la enfermedad de que uno se muere; o más exactamente de que nos hemos muerto; porque todo lo que podemos decir ahora sobre el pasado suena a cosa del otro mundo".

Cuatro meses antes de que estas patéticas palabras fueran escritas, el 1 de abril de 1939, se abatía sobre todo el país, con palabras de Jackson, el régimen más represivo que haya existido en España desde Felipe II. Era la victoria. ■ FRANCISCO DIEZ DEL CORRAL.

La hora del solitario

La reedición de la novela póstuma de Hemingway, *Islas a la*